



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 266– 9 de julio de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. Canto épico para el olvido, *Emilio Álvarez Frías*
2. Lo que el trepa de Fernando Onega escribió a la muerte de Franco, *Eduardo Palomar Baró*
3. Madrid, días para la historia, *Fernando Onega*

Canto épico para el olvido

Emilio Álvarez Frías

Decíamos hace unos días, que teníamos para publicar dos artículos relacionados con Fernando Onega. Uno de Eduardo Palomar, en el que recoge lo que escribiera 1975 el periodista citado, en el diario *Arriba*, el 21 de noviembre, referente a lo que supuso en Madrid la muerte de Franco; y el segundo, en tono cuasi épico, del propio Fernando Onega, publicado en la revista *Villa de Madrid*, del Ayuntamiento de la capital de España, en su número 49, 1975 IV.

Pensamos es bueno tirar de hemeroteca para conocer un poco más a las personas, sobre todo si que van dejando un rastro indeleble de su trayectoria vital y profesional, pues a través de ese historial se puede apreciar su evolución a lo largo del tiempo, ya sea por pura reflexión, ya porque el estudio ha modificado sus comportamientos o su pensamiento, ya, en no pocos casos, por intereses bastardos. Incluso los hay que, como San Pablo, la evolución, que fue de indudable signo positivo, pues de perseguir a los seguidores de Cristo, la revelación que tuvo en la Puerta de Damasco de Jerusalén imprimió a su vida un giro copernicano.



Hoy hemos ido a la Puerta de Alcalá de Madrid –Plaza de la Independencia según el callejero de la Villa– a disfrutar en una de las agradables terrazas que últimamente se han instalado allí, tanto para deleitarnos de uno de los sitios más bonitos de la capital, junto al Parque del Retiro, como para asperger un poco de agua para borrar los efluvios dejados por allí el domingo 30 de junio durante la celebración de la fiesta del «orgullo». Para

ello nos acompañamos de una botija del famoso ceramista Tito, de Úbeda, provincia de Jaén, a la que hemos dotado de abundante agua y de nuestras bendiciones particulares.

Lo que el trepa de Fernando Onega escribió a la muerte de Franco

Eduardo Palomar Baró (*Alerta Digital*, 14.06.2012)

Al finalizar el ahora llamado «anterior Régimen», con el haraquiri de las Cortes y el advenimiento de la transición (palabra a la que le sobran las letras ns), se apuntaron al sol

que más calentaba en aquellas calendas, una pléyade de franquistas que cambiaron de camisa, de chaqueta y de todo lo que fuera necesario, para convertirse en demócratas de toda la vida.

Uno de estos conversos y trepadores fue Fernando Onega. Natural de Mosteiro (Lugo) nació el 16 de junio de 1947. Licenciado en Periodismo y Ciencias Políticas, fue subdirector del diario *Arriba* y comentarista político de *Pueblo*. En el periódico falangista, fundado y dirigido por José Antonio Primo de Rivera, firmaba los artículos que le dictaba un ministro del Movimiento. Aprovechó el servicio militar para transformarse en el jefe de Prensa de la Jefatura Provincial del Movimiento de La Coruña, pasando por su tarea como jefe Nacional de los Servicios de la Guardia de Franco y asesor político del lugarteniente general de aquella organización.

Ya cuando «aquello» se acabó se dedicó con todas sus fuerzas a proclamarse paladín del pensamiento democrático, acaparando prebendas y puestos de trabajo, siendo nombrado por el señor del «puedo prometer y prometo» (una vez que «quemó» su vistosa chaqueta blanca y su camisa azul), director de Prensa de Presidencia del Gobierno de UCD y en su estrecha colaboración con don Adolfo Suárez, le redactó alguno de sus discursos más conocidos.

Director del diario *YA*, de los servicios informativos de la *Ser* y la *Cope*; dirigió el departamento de Información y Relaciones Externas de *Radio Televisión Española*; comentarista político en diversos medios de comunicación; presentador de Telediaros y director de *Onda Cero*, de donde fue destituido al cabo de un año de actuación.

Pues bien, este preclaro y entusiasta demócrata, a la muerte del Generalísimo Franco escribió el siguiente artículo:

Eran kilómetros de españoles ante su Capitán muerto, que había muerto ejemplarmente, como nunca habían muerto los dictadores. Manuel Vargas Romero, anciana de 77 años, decía a un periodista: «La tierra todo lo traga. Sólo se deja de tragar la virtud. Es lo que le ha pasado a este hombre». Y luego aquellos niños: «Somos doce hermanos. Venimos porque nunca le hemos visto personalmente, y queremos despedirnos de él». Y después, las famosas, como Lola Flores: «Ya que él ha hecho tanto por nosotros, lo menos que podemos hacer es molestarnos un poco por él. Molestarnos un poco por él». Hasta doce horas hizo cola el pueblo de Madrid para poder pasar tres segundos ante el cadáver de su Alcalde perpetuo. Hasta doce horas bajo el frío de las noches de noviembre, nobles gentes que le arrancaban tiempo al sueño y a su familia y a su trabajo para expresar visiblemente su agradecimiento. A ellos habría que añadir los millones de personas que se emocionaron ante el televisor. Y habría que añadir, por supuesto, a cuantos pensaban como estos encuestados por televisión, que hacían esfuerzos sobrehumanos por contener las lágrimas.

Los testimonios gráficos de dolor fueron incontables, desde aquel viejo legionario que dejó ante el túmulo, como último homenaje, su gorro de combatiente con un sonoro «Adiós, mi General». O aquel otro, que después de la espera y el cansancio, cayó muerto en el instante en que saludaba de la forma más sincera que había aprendido: con el brazo en alto. Luego, en torno a la Armería estaban las coronas. Todas las enviadas desde todos los lugares del mundo, y muchas anónimas, sin firma alguna, que se limitaban a decir como una: «Velar supiste la vida de tal suerte, que viva queda en tu muerte». Era, seguramente, de un miembro del pueblo llano que sabía que su nombre no añadía nada al ya inmenso dolor popular.

El pueblo de Madrid recibió en aquellas fechas el certificado de ese tópico político que se llama la «mayoría de edad». Pero, tópico y todo, hay que referirse a él. Pese a la emoción de las horas, pese a la enorme simbología de cuanto aquí se cuenta, pese a la aglomeración humana en el cinturón de silencio que se había establecido en la zona colindante con el Palacio de Oriente, hay que dejar escrito que no se produjo ni un solo incidente de orden público, ni siquiera una escena de histerismo. Bien valía el testimonio de aquellos días para gritar una vez más: «Dios, qué buen

vasallo...». Esta vez, sin embargo, había que cambiar la segunda parte del verso del poema del *Mío Cid*. En cualquier caso, Madrid, en aquellos días, estaba siendo la capital del dolor: de un gran dolor nacional.

Todo cuanto se ha dicho en las líneas anteriores se puede repetir para la histórica jornada del día 23. A las siete de la mañana de ese día, se terminaron las manifestaciones de dolor ante el féretro. Pero Madrid se volvió a volcar para decirle adiós a Franco cuando ya su cuerpo abandonaba definitivamente el casco urbano para recibir sepultura en el Valle de los Caídos. Se había preparado un gran estrado para el funeral, con 632 asientos. Al frente estaba, como un símbolo de luto de la ciudad, el rostro triste de doña Carmen Polo de Franco.

La mañana del día 23 enmarcó un impresionante espectáculo de respeto y dolor. Desde la plaza de Oriente a la Moncloa, las calles de la capital de España eran, una vez más, un símbolo. Lucía el sol, y el paisaje se había vestido de ropas amarillas en sus árboles. Cuando Europa tiritaba bajo

una ola de frío, la televisión en color les servía el impresionante testimonio de un paisaje urbano que lo había hecho bello justamente una obra de gobierno que en aquellos instantes terminaba.

Rodeado por el Regimiento de la Guardia que tanto le había acompañado, la plaza de España, el Jardín de la Montaña, Ferraz, Rosales, Moncloa, la Ciudad Universitaria fueron los últimos lugares por los que pasó su cuerpo ya sin vida. Era, precisamente, el Madrid que había hecho Franco: el Madrid de las estampas modernas, del nivel de vida alto, de unos centros de formación superior que durante su mandato se habían terminado. En el Arco de Triunfo de la



Moncloa, donde la ciencia le rinde homenaje a las Fuerzas allí vencedoras, Madrid despidió a Franco. Despidió su cuerpo, porque su sentido de la vida, de la política y, sobretodo, de la eficacia, que ahora pasaban al reino de la Historia, quedaría grabado para siempre en aquellas gentes que con tanta devoción, cariño y agradecimiento ahora le despedían.

Mientras tanto, no sólo de dolor vivió la ciudad en aquellas fechas inolvidables. Al tiempo que éste se hacía presa de los corazones, nacía la esperanza: Madrid, al mismo tiempo, se convertía en capital de la esperanza. ¿Y qué daba pie para pensar en ella? Sencillamente, lo que dejaban ver los ojos: los testimonios del pueblo. Aquel pueblo madrileño que, agolpado en las aceras, asistía al entierro o guardaba largas horas de cola, era lo que fundamentaba la esperanza de que Franco había dejado una sociedad madura, preparada para emprender una nueva etapa.

Setecientos periodistas de todo el mundo se habían dado cita en la capital de España para asistir a los solemnes actos. Las crónicas que aquellos días se publicaban en todos los periódicos del mundo tenían acuñada una frase: España estaba naciendo a la democracia. Hasta ahora, Franco significaba la confianza, además del poder. A partir del momento de su muerte, la capacidad de decisión se trasladaba a otras esferas: comenzaban a jugar las instituciones, comenzaba a pensarse en la capacidad de decisión del pueblo por sistemas democráticos. Todo esto se producía sin la menor alteración, porque, efectivamente, así estaba previsto en la legislación que Franco había creado o inspirado. El Rey inauguraba un nuevo estilo que, en lo visible, ya se había manifestado cuando llegó ante el féretro de Franco, y no permitió que el desfile de madrileños se paralizase mientras él oraba ante el túmulo.

Pero lo que importaba en aquellas horas era el sustento de la base. La gran verdad es que la presencia del pueblo y su enorme testimonio de madurez era el que hacía concebir todas las esperanzas que los periódicos resumían.

Las emisoras de radio, conectadas a Radio Nacional de España, seguían transmitiendo música fúnebre. Centenares de taxistas llevaban crespones negros en sus automóviles. Muchos balcones particulares lucían la Bandera nacional con un crespón en el centro. Lo mismo ocurría en establecimientos comerciales. Madrid exteriorizaba su luto de la forma más visible que podía.

Sin embargo, a las once de la mañana, el pueblo madrileño acudió a la Carrera de San Jerónimo, al paseo del Prado y a otras calles para vitorear al Rey, que prestaba juramento ante las Cortes Españolas, reunidas en sesión plenaria conjunta con el Consejo del Reino. A la salida de la Cámara Legislativa, Madrid gritó, por primera vez en muchos lustros, «Viva el Rey». Había alguna pancarta con esa leyenda. El Rey, en su mensaje, había abierto un nuevo y apasionante capítulo de la Historia. Llamaba a la concordia nacional, invitaba a todos los españoles, hablaba de un orden justo, negaba los privilegios y prometía que todas las causas serían escuchadas. Resumiendo el ambiente popular después del solemne acto, el diario *Arriba* escribió: «Después de la proclamación, ya en la calle, los Reyes de España sintieron cerca la voz amiga del pueblo. Los vítores, las esperanzas, el cariño, todo se fundía en torno a Don Juan Carlos y Doña Sofía. El Rey caminaba en su coche, mirando al frente a sus gentes, con el semblante firme, preparado para el futuro, mientras las cámaras se movían en su torno. En el coche posterior, la Infanta Cristina sonreía al futuro».

Pero si grandes fueron las manifestaciones populares este día, mayores han sido el 27, fecha en que se celebró la exaltación del Monarca en la iglesia de los Jerónimos. Fue, otra vez, un plebiscito, también como respuesta a la invitación que había hecho el alcalde de Madrid en su último bando. Los vítores a los Monarcas, cuando llegaron a la iglesia, sólo fueron silenciados por los acordes del Himno nacional.

A la salida, el mismo impresionante recibimiento. Por el paseo del Prado, en Cibeles, en la calle de Alcalá, por la Gran Vía, plaza de España, calle Bailén, plaza de Oriente, el pueblo madrileño vitoreaba a sus Reyes. Flameaban los pañuelos, enronquecían las gargantas, sonaban ininterrumpidamente los aplausos, acompañando al Rey y a la Familia Real en su recorrido hacia el palacio, donde iba a tener lugar el almuerzo y la recepción a los hombres de gobierno que habían llegado de todo el mundo.



En la plaza de Oriente, convertida otra vez en plaza de España, en corazón de España, el pueblo estaba, como siempre, para manifestar sus lealtades. Arriba, en los balcones, Europa miraba a través de sus ojos más ilustres: el esposo de la reina de Inglaterra, el presidente de la República Francesa, el presidente de Alemania Federal... Sin duda, para ellos, el espectáculo del pueblo de Madrid, en su expresión de fidelidad, era un espectáculo que nunca habían contemplado. Repetidas veces tuvieron que salir los Reyes al balcón, reclamados por la ingente multitud. Y Europa, allí mismo, sin intermediarios, contemplaba a este pueblo, que, una vez más, la tercera vez en dos meses, marcaba, con su presencia, un rumbo, y demostraba el fuerte apoyo social con que nacía la Monarquía.

El carácter histórico de estos días queda demostrado por la propia magnitud de los acontecimientos. Pero repito que, en el futuro, ni una sola línea de esta historia se podrá escribir sin poner por delante el ejemplar comportamiento del pueblo madrileño. Vivió, en muy pocos días, momentos de dolor, momentos de ansiedad, momentos de alegría. No importaban estos estados de ánimo. Lo que quedó como dato y como enseñanza fue el patriotismo.

Madrid, días para la historia

Fernando Onega (*Villa de Madrid. Publicación del Ayuntamiento de Madrid, nº 49, 1975 IV*)

I

«¡Oh, capitán, mi capitán!...
... Yo, con pasos fúnebres
recorro la cubierta donde mi capitán
yace frío y muerto».

II

«Levántate, para ti flamean las banderas,
para ti suena el clarín.
Para ti los ramilletes y guirnaldas engalanadas,
a ti te llama la masa móvil del pueblo,
a ti vuelve sus rostros anhelantes»...

(Walt Witman)

A ti te llama la masa móvil del pueblo». Parecían, aquella mañana soleada y fría, versos hechos para tan solemne ocasión. «¡Oh, capitán!» Veinte de noviembre. Fecha trágica, símbolo y mística. Cayó ese día, de madrugada, cuando aún no se atrevía a apuntar la luz del alba, cuando el pueblo, con los ojos cansados de esperar, se había quedado dormido y las últimas nieblas de Madrid se cruzaban en el amanecer con la luz traicionera de algunos coches madrugadores. ¡Oh, capitán! Había sido una larga y dolorosa agonía y a aquellas horas se comenzaban a confeccionar las primeras coronas de flores con luto y esperanza. Madrid –«una ciudad cercada por la pena», como escribió Pedro Rodríguez– era una vez más, emocionadamente escenario de un grandioso capítulo de la Historia.

III

La historia de estos últimos meses no se podrá escribir, si se quiere palpar todo el ambiente popular, sin partir de tres bandos del alcalde de Madrid, don Miguel Ángel García-Lomas. El primero, el que convocaba al pueblo a la Plaza de Oriente el día 1 de octubre, recibió la respuesta de un millón de personas, que querían responder así al trato recibido como nación en el extranjero. El segundo, que convocó a las buenas gentes de la ciudad a darle su último adiós al Generalísimo en el mismo escenario de tantos referéndums sin papeletas de voto. Y el tercero, para darle la bienvenida al nuevo Rey, el día 27 de noviembre.

Los tres, como decimos, han tenido una respuesta clamorosa. En la última crónica publicada en *Villa de Madrid* nos preguntábamos si aquella presencia de Franco en el balcón principal del Palacio de Oriente no sería, acaso, su despedida. Trágicamente, como una premonición, lo fue. Aquel abrazo con el que Franco parecía querer estrechar a su pueblo, fue el último. Y a partir de aquel momento mismo, en los sesenta días que siguieron a aquella fecha, no queda ni un renglón de la historia de España que no haya sido escrita por Madrid y sus habitantes. Unas veces, para expresar su lealtad, otras para dar fe viva de su ansiedad, otras para testificar su dolor y la última para dar la bienvenida en olor de multitud a la esperanza que significa don Juan Carlos de Borbón, Rey don Juan Carlos I de España.

Las líneas que siguen a esta obligada consideración pretenden ser únicamente un recuerdo de aquellas emocionantes jornadas. Escritas estas cuartillas un mes después de producirse, parece, en efecto, que quedan muy lejos. Sin embargo, los sentimientos populares que allí se expresaron deben quedar como una lección para las generaciones venideras.

IV

Todo empezó el día 14 de octubre de 1975. Al principio, un rumor; luego una noticia oficial, le dijeron a Madrid y a España que Franco estaba enfermo. Nadie calculaba al principio que aquello iba a ser la agonía, que allí se comenzaba a cerrar un capítulo de la historia de España, ni siquiera que, en el peor de los casos, la agonía fuese tan larga y tan dura. Sin embargo, Franco había tenido esa premonición. En una ocasión le había confesado al Cardenal Pla y Deniel que preveía que su muerte iba a ser «un largo martirio a favor de España». Así fue, y sólo el destino sabe si tantos días en el lecho de muerte sirvieron para que el pueblo español se hiciese a la idea de que Franco estaba a punto de faltar.

España se enteraba de las noticias por la radio y la televisión, puntualmente. Madrid quiso vivirlo todo mucho más cerca. Las gentes se acercaban al Palacio de El Pardo y, más tarde, hacían largas horas de espera ante la Clínica de La Paz, donde se sucedían escenas de dolor. Madrid era, durante todo el mes que duró la enfermedad, como la capital de la ansiedad. Las luces se apagaban más tarde en los hogares, esperando la última novedad médica. Las gentes andaban con transistores en el «Metro» y en el autobús para escuchar el último parte. Las llamadas telefónicas aumentaron en más de doscientas mil al día, según datos que publicó la Compañía Telefónica. Se notaba como tenso el ambiente, como ansioso, y la capital se convertía una vez más en el reflejo de la nación que había sido preparada con mano maestra – precisamente por Franco– para aquel fatal momento. Cuentan las crónicas que nunca se vendieron más ejemplares de periódicos, y en los mercados, y en las calles, entre la gente llana del pueblo cuya única sabiduría política se encerraba en preguntarse qué ocurriría cuando faltase Franco, la salud de su Jefe de Estado era el único tema de conversación.



V

Al fin, el 20 de noviembre se produjo el fatal acontecimiento. A las cinco y veinticinco de la madrugada, según el comunicado oficial, Francisco Franco, Caudillo de España, Jefe del Estado durante treinta y nueve años, dejaba de existir en la planta primera de la Ciudad Sanitaria «La Paz», centro de la Seguridad Social. Murió allí, como un trabajador más, en una habitación de una obra que él había creado. Puntualmente, por el milagro de las comunicaciones, a esa misma hora se encendían todas las luces en la ciudad. Los coches arrancaban con un ruido distinto al de todos los días.

Horas más tarde, sin embargo, quien firma esta crónica observaba desde una ventana el aspecto de la avenida del Generalísimo, en Madrid. Parecía que nada había cambiado: los autobuses pasaban repletos de gentes hacia sus puestos de trabajo, y el tráfico ciudadano era normal. Pensé, arrimado a un cristal todavía frío, que aquel espectáculo era el mejor homenaje que Franco se podía llevar al otro mundo: un país tranquilo, que había asistido con tristeza a su enfermedad, pero que asistía a su muerte como a un hecho humano, sin estridencias, sin altercados en la calle. Franco, cuya obsesión pareció el dejar todo atado y bien atado para el momento sucesorio, seguramente había pensado en un día así, en escenas así, para marcharse seguro de que había cumplido una misión histórica.

Franco moría en Madrid un 20 de noviembre. El mismo día y casi la misma hora en que, años atrás, caía fusilado, en Alicante, José Antonio Primo de Rivera. Nada podía quitarle el significado mágico a esa fecha. España y Madrid entraban a partir de aquella hora en un largo luto. Don León Herrera leyó para Radio Nacional un comunicado lleno de emoción. A la diez de



la mañana, don Carlos Arias Navarro, antiguo alcalde de Madrid, leía ante las cámaras de televisión el último mensaje de Franco. Carlos Arias tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas. Ese era el estado de emoción del pueblo español. En Madrid, las gentes escucharon el mensaje y el testamento político del Jefe del Estado en bares y cafeterías. El anterior discurso televisado de don Carlos Arias había sido recibido en estos

lugares públicos con aplausos, según se contó en alguna crónica periodística. Este, ya no. Sólo cabía el silencio y la reflexión profunda cuando se acababa de producir un vacío tan intenso en un país que había vivido casi medio siglo bajo la inspiración y el servicio de Francisco Franco.

A la seis de la mañana, las banderas se izaban a media asta en la Clínica de La Paz. Un poco más tarde se disparaban en la Cuesta de la Vega los veintiún cañonazos de ordenanza. El pueblo comenzó en la propia ciudad sanitaria la manifestación de su dolor: a los pocos minutos de conocerse la noticia, centenares de personas se concentraban en torno a la clínica para ser testigos presenciales de unos momentos que ya pertenecen a la historia. El cadáver de Francisco Franco fue llevado a su residencia de El Pardo, desde donde sería trasladado posteriormente al Palacio de Oriente, donde iba a recibir el último adiós de Madrid y de España, en la más grande manifestación de dolor que este país pueda haber conocido en siglos de su historia.

VI

A las ocho de la mañana del día 21 de noviembre se abrieron las puertas del Palacio de Oriente. Una larga fila de personas estaba ya esperando para rendir su último tributo a su Caudillo. Habían pasado la noche a la intemperie. Comenzaba aquel larguísimo desfile de dolor que duraría hasta la mañana del domingo. El cuerpo del Caudillo estaba expuesto en el Salón de Columnas del Palacio. Después tendría que ser trasladado a la Armería para que pudiese desfilar ante su cuerpo un mayor número de personas. Más de trescientas mil almas se calcula que desfilaron ante el féretro, en una impresionante manifestación de dolor como no se recuerda. Se habían organizado turnos de vela de veinte minutos de duración, que fueron guardados por los diversos estamentos políticos de la Nación.

Lo que en Madrid ocurrió los días 21 y 22, el dolor que la ciudad encerraba, el agradecimiento que mostraba hacia quien había sido su Alcalde mayor, no se puede sintetizar en una crónica breve. Allí estaban todas las generaciones, entremezcladas ante un hombre que ya pasaba a ser un símbolo. Estaban los viejos compañeros de guerra y sus hijos. Estaban, incluso, quienes se sentían destinatarios de sus últimas palabras de perdón. Estaban los jóvenes universitarios, y los jóvenes trabajadores, y los jóvenes para quienes una buena parte de los últimos cuarenta

años ya no es ni siquiera un recuerdo, sino un capítulo de historia. Estaban los hijos de los viejos leones. Estaban los privilegiados y los menos favorecidos. Gentes que habían llegado de las provincias, y que se unían al pueblo de Madrid en su refrendo a una obra de gobierno de la que eran destinatarios.

Eran kilómetros de españoles ante su Capitán muerto, que había muerto ejemplarmente, como nunca habían muerto los dictadores. Manuela Vargas Romero, anciana de 77 años, decía a un periodista: «La tierra todo lo traga. Sólo se deja de tragar la virtud. Es lo que le ha pasado a este hombre». Y luego aquellos niños: «Somos doce hermanos. Venimos porque nunca le hemos visto personalmente, y queremos despedirnos de él». Y después, las famosas, como Lola Flores: «Ya que él ha hecho tanto por nosotros, lo menos que podemos hacer es molestarnos un poco por él».

«Molestarnos un poco por él». Hasta doce horas hizo cola el pueblo de Madrid para poder pasar tres segundos ante el cadáver de su Alcalde perpetuo. Hasta doce horas bajo el frío de las noches de noviembre, nobles gentes que le arrancaban tiempo al sueño y a su familia y a su trabajo para expresar visiblemente su agradecimiento. A ellos habría que añadir los millones



de personas que se emocionaron ante el televisor. Y habría que añadir, por supuesto, a cuantos pensaban como esos encuestados por televisión, que hacían esfuerzos sobrehumanos por contener las lágrimas.

Los testimonios gráficos de dolor fueron incontables, desde aquel viejo legionario que dejó ante el túmulo, como último homenaje, su gorro de combatiente con un sonoro «Adiós, mi general». O aquel otro, que después de la espera y el cansancio cayó muerto en el instante en que saludaba de la forma más sincera que había aprendido: con el brazo en alto. Luego, en torno a la Armería

estaban las coronas. Todas las enviadas desde todos los lugares del mundo, y muchas anónimas, sin firma alguna, que se limitaban a decir como una: «Velar supiste la vida de tal suerte, que viva queda en tu muerte». Era, seguramente, de un miembro del pueblo llano que sabía que su nombre no añadía nada al ya inmenso dolor popular.

El pueblo de Madrid recibió en aquellas fechas el certificado de ese tópico político que se llama la «mayoría de edad». Pero, tópico y todo, hay que referirse a él. Pese a la emoción de las horas, pese a la enorme simbología de cuanto aquí se cuenta, pese a la aglomeración humana en el cinturón de silencio que se había establecido en la zona colindante con el Palacio de Oriente, hay que dejar escrito que no se produjo ni un solo incidente de orden público, ni siquiera una escena de histerismo. Bien valía el testimonio de aquellos días para gritar una vez más: «Dios, qué buen vasallo...». Esta vez, sin embargo, había que cambiar la segunda parte del verso del poema de *Mío Cid*. En cualquier caso, Madrid, en aquellos días estaba siendo la capital del dolor: de un gran dolor nacional.

VII

Tido cuanto se ha dicho en las líneas anteriores se puede repetir para la histórica jornada del día 23. A las siete de la mañana de ese día, domingo, se terminaron las manifestaciones de dolor ante el féretro. Pero Madrid se volvió a volcar para decirle adiós a Franco cuando ya su

cuerpo abandonaba definitivamente el casco urbano de la ciudad para recibir sepultura en el Valle de los Caídos. Se había preparado un gran estrado para el funeral, con 632 asientos. Al frente estaba, como un símbolo del luto de la ciudad, el rostro triste de doña Carmen Polo de Franco.

La mañana del día 23 enmarcó un impresionante espectáculo de respeto y dolor. Desde la Plaza de Oriente a la Moncloa. Las calles de la capital de España eran una vez más un símbolo. Lucía el sol, y el paisaje se había vestido de ropas amarillas en sus árboles. Cuando Europa tiritaba bajo una ola de frío, la televisión en color les servía el impresionante testimonio de un paisaje urbano que lo había hecho bello justamente una obra de gobierno que en aquellos instantes terminaba.

Rodeado por el Regimiento de la Guardia que tanto le había acompañado, la plaza de España, el Jardín de la Montaña, Ferraz, Rosales, Moncloa, la Ciudad Universitaria fueron los últimos lugares por los que pasó su cuerpo, ya sin vida. Era precisamente el Madrid que había hecho Franco: el Madrid de las estampas modernas, del nivel de vida alto, de unos centros de formación superior que durante su mandato se habían terminado. En el Arco de Triunfo de la Moncloa, donde la ciencia le rinde homenaje a las Fuerzas allí vencedoras, Madrid despidió a Franco. Despidió su cuerpo, porque su sentido de la vida, de la política y, sobre todo, de la eficacia, que ahora pasaban al reino de la historia, quedaría grabado para siempre en aquellas gentes que con tanta devoción, cariño y agradecimiento ahora le despedían.

VIII

Mientras tanto, no sólo de dolor vivió la ciudad en aquellas fechas inolvidables. Al tiempo que éste se hacía presa de los corazones, nacía la esperanza: Madrid, al mismo tiempo, se convertía en capital de la esperanza. ¿Y qué daba pie para pensar en ella? Sencillamente, lo que dejaban ver los ojos: los testimonios del pueblo. Aquel pueblo madrileño que agolpado en las aceras asistía al entierro o guardaba largas horas de cola, era lo que fundamentaba la esperanza de que Franco había dejado una sociedad madura, preparada para emprender una nueva etapa.

Setecientos periodistas de todo el mundo se habían dado cita en la capital de España para asistir a los solemnes actos. Las crónicas que aquellos días se publicaban en todos los periódicos del mundo tenían acuñada una frase: España estaba naciendo a la democracia. Hasta ahora, Franco significaba la confianza, además del poder. A partir del momento de su muerte, la



capacidad de decisión se trasladaba a otras esferas: comenzaban a jugar las Instituciones, comenzaba a pensarse en la capacidad de decisión del pueblo por sistemas democráticos. Todo esto se producía sin la menor alteración porque, efectivamente, así estaba previsto en la legislación que Franco había creado o inspirado. El Rey

inauguraba un nuevo estilo que, en lo visible, ya se había manifestado cuando llegó ante el féretro de Franco y no permitió que el desfile de madrileños se paralizase mientras él oraba ante el túmulo.

Pero lo que importaba en aquellas horas era el sustento de la base. La gran verdad es que la presencia del pueblo y su enorme testimonio de madurez era el que hacía concebir todas las esperanzas que los periódicos resumían.

IX

Las emisoras de radio, conectadas a Radio Nacional de España, seguían transmitiendo música fúnebre. Centenares de taxistas llevaban crespones negros en sus automóviles. Muchos balcones particulares lucían la bandera nacional con un crespón en el centro. Lo mismo ocurría en establecimientos comerciales. Madrid exteriorizaba su luto de la forma más visible que podía.

Sin embargo, a las once de la mañana, el pueblo madrileño acudió a la Carrera de San Jerónimo, al paseo del Prado y a otras calles para vitorear al Rey que prestaba juramento ante las Cortes Españolas, reunidas en sesión plenaria conjunta con el Consejo del Reino. A la salida de la Cántara Legislativa, Madrid gritó por primera vez en muchos lustros «Viva el Rey». Había alguna pancarta con esa leyenda. El Rey, en su mensaje, había abierto un nuevo y apasionante capítulo de la historia. Llamaba a la concordia nacional, invitaba a todos los españoles, hablaba de un orden justo, negaba los privilegios y prometía que todas las causas serían escuchadas. Resumiendo el ambiente popular después del solemne acto, el diario *Arriba* escribió: «Después de la proclamación, ya en la calle, los Reyes de España sintieron cerca la voz amiga del pueblo. Los vítores, las esperanzas, el cariño, todo se fundía en torno a don Juan Carlos y doña Sofía. El Rey caminaba en su coche, mirando al frente a sus gentes, con el semblante firme, preparado para el futuro, mientras las cámaras se movían en su torno. En el coche posterior, la infanta Cristina sonreía al futuro».

Pero si grandes fueron las manifestaciones populares este día, mayores han sido el 27, fecha en que se celebró la exaltación del Monarca en la iglesia de los Jerónimos. Fue, otra vez, un plebiscito, también como respuesta a la invitación que había hecho el alcalde de Madrid en su último bando. Los vítores a los monarcas, cuando llegaron a la iglesia, sólo fueron silenciados por los acordes del himno nacional. A la salida, el mismo impresionante recibimiento. Por el paseo del Prado, en Cibeles, en la calle de Alcalá, por la Gran Vía, plaza de España, calle Bailén, plaza de Oriente, el pueblo madrileño vitoreaba a sus Reyes. Flameaban los pañuelos, enronquecían las gargantas, sonaban ininterrumpidamente los aplausos, acompañando al Rey y a la familia real en su recorrido hacia el Palacio, donde iba a tener lugar el almuerzo y la recepción a los hombres de gobierno que habían llegado de todo el mundo.

En la plaza de Oriente, convertida otra vez en plaza de España, en corazón de España, el pueblo estaba, como siempre, para manifestar sus lealtades. Arriba, en los balcones, Europa miraba a través de sus ojos más ilustres: el esposo de la Reina de Inglaterra, el Presidente de la República Francesa, el Presidente de Alemania Federal... Sin duda, para ellos, el espectáculo del pueblo de Madrid en su expresión de fidelidad, era un espectáculo que nunca habían contemplado. Repetidas veces tuvieron que salir los Reyes al balcón, reclamados por la ingente multitud. Y Europa, allí mismo, sin intermediarios, contemplaba a este pueblo que, una vez más, la tercera vez en dos meses, marcaba con su presencia un rumbo y demostraba el fuerte apoyo social con que nacía la Monarquía.

El carácter histórico de estos días queda demostrado por la propia magnitud de los acontecimientos. Pero, repito que, en el futuro, ni una sola línea de esta historia se podrá escribir sin poner por delante el ejemplar comportamiento del pueblo madrileño. Vivió, en muy pocos días, momentos de dolor, momentos de ansiedad, momentos de alegría. No importaban estos estados de ánimo. Lo que quedó como dato y como enseñanza fue el patriotismo.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.

ESPECIAL